

# BESTIAS DE UNA PEQUEÑA TIERRA

*Juhea Kim*

Traducción:  
Eva González Rosales

  
QUATERNI

## Índice

Prólogo. El cazador.....	II
Parte I (1918-1919) .....	31
Correspondencia secreta .....	33
Luna .....	50
Algo que recordar cuando estéis tristes .....	58
El huérfano .....	67
El amigo de Shanghái.....	78
El desfile .....	92
La huida.....	101
Por fin he conocido a la persona adecuada .....	107
La marcha.....	120
El tono más oscuro de azul .....	135
Parte II (1925-1937) .....	149
Habla JungHo .....	151
Una propuesta de matrimonio .....	163
Izquierda y derecha .....	177
Algunos hombres son buenos y algunos hombres son malos.....	188
Aves nocturnas.....	198
Porque tú eras tú y estabas allí.....	215
El Café Seahorn.....	228
Una noche lluviosa.....	241

Escarcha.....	248
Los soñadores .....	266
Parte III (1941-1948) .....	279
Sombras púrpuras .....	281
Animales del zoo .....	297
El principio del fin.....	309
Arándanos rojos.....	330
República.....	337
Parte IV (1964).....	353
El reloj de arena .....	355
El paseo .....	370
Epílogo. La mujer del mar.....	377
Agradecimientos.....	387

## Prólogo

### El cazador

1917

**E**l cielo era blanco y la tierra era negra, como en el principio del tiempo antes del primer amanecer. Las nubes abandonaron su reino y descendieron tanto que parecieron tocar el suelo. Pinos gigantes atravesaban y abandonaban el éter. Nada se movía ni emitía sonido.

Apenas distinguible en este mundo oscuro, un hombre que apenas era una mota caminaba solo. Un cazador. Se agachó sobre un rastro de huellas, todavía blandas y casi calientes, y olfateó en dirección a su presa. El cortante olor de la nieve le llenó los pulmones y sonrió. Pronto, una luz empolvada le facilitaría el rastreo del animal: un leopardo grande, suponía, por el tamaño de las huellas.

Se irguió en silencio, como una sombra entre los árboles. Allí, en sus dominios, los animales se movían sin un sonido, pero las montañas también le pertenecían a él; o más bien él, como los animales, pertenecía a las montañas. No porque fueran generosas o reconfortantes, ya que nada en aquel bosque era seguro para un hombre o una bestia. Pero sabía cómo *ser* cuando estaba en la montaña, cómo respirar, caminar, pensar y matar, igual que un leopardo sabe ser un leopardo.

El terreno estaba casi cubierto de agujas de pino de un marrón rojizo y las huellas eran escasas y estaban más espaciadas. En lugar de eso, buscó arañazos en los troncos de los árboles o lugares en los que los matorrales estuvieran casi

imperceptiblemente aplastados, quizá un poco de pelo enganchado en el extremo roto de una rama. Estaba acortando la distancia, pero no había visto a su presa en los últimos dos días. Hacía mucho que había agotado sus provisiones, las toscas bolas de cebada condimentadas solo con sal. Pasó la noche anterior en la hendidura en el tronco de un pino rojo, observando la blanca hoz de la luna para evitar quedarse dormido. Pero el hambre y la fatiga le aligeraban los pies y le despejaban la cabeza, y decidió que dejaría de moverse cuando cayera muerto, y no antes.

Hasta entonces, no había encontrado otra presa. En invierno había pocos conejos, venados y otros animales pequeños, así que sería tan duro para el leopardo como para el humano. En algún momento tendría que detenerse, y así era como lo mataría. Ambos necesitaban comida y descanso, pero estaba decidido a aguantar más que su presa, hasta que fuera necesario.

Llegó a un claro, un círculo de pinos jóvenes apiñados junto a un saliente rocoso. Subió y observó las montañas que lo rodeaban, la ventosa depresión de carbón y verde ceniza. Los pliegos de nubes, soplados por el viento, habían quedado atrapados en las gargantas de las colinas y ondeaban como seda rasgada. Bajo sus pies había una caída hacia el agreste abismo blanco. Se alegraba de que la bestia lo hubiera conducido a aquel paraje. A los leopardos les encantaban los acantilados rocosos, y era más que probable que tuviera su guarida allí.

Algo suave y frío le rozó suavemente la cara. Miró el cielo y vio el primer espolvoreo de nieve. Si nevaba, habría más huellas que seguir, pero también tendría que encontrar al animal con rapidez y descender la montaña antes de que la capa se espesara. Apretó el arco en su mano.

Si su intuición era cierta y el leopardo estaba allí abajo, en su guarida en la cara de la montaña, no tendría que seguir esforzándose para hallarlo. Sin embargo, debería esperar en aquel punto hasta que saliera de nuevo, para lo que podía faltar una hora o tres días. Para entonces, la nieve le cubriría la coronilla estando de pie. Se convertiría en nieve y roca y viento,

sus entrañas alimentarían al leopardo y su sangre nutriría a los pinos jóvenes, como si nunca hubiera tenido una vida allí abajo, como humano entre otros humanos.

En esa vida fue soldado del Ejército Imperial, elegido entre los mejores arqueros del país. Nadie lo superaba con un fusil o un arco. Lo llamaban el Tigre de Pionyang, por un viejo dicho sobre el carácter de esta provincia. Por supuesto, había bestias feroces en cada montaña y bosque de la pequeña tierra que incluso los chinos habían llamado el País de los Tigres, pero el nombre le iba mejor a él que a los campesinos del sur. Su pueblo era de cazadores, que sobrevivieron allí donde la tierra era demasiado escarpada e implacable para labrarla.

Su padre también fue soldado del magistrado de Pionyang. Siempre que dejaban de pagar al ejército, el hombre se marchaba a las montañas. A menudo regresaba con pequeñas presas (venados, liebres, zorros y faisanes), aunque a veces traía jabalíes, osos negros, leopardos y lobos.

Cuando era niño, su padre mató a un tigre él solo y seis de los hombres más fuertes de la aldea tuvieron que acudir en su ayuda para transportar a la bestia montaña abajo. El resto de los aldeanos los rodearon en solidaridad mientras los niños corrían a la cabeza del desfile, lanzando vítores. Una piel de tigre valía más que el sueldo anual de un soldado. Dejaron su enorme cuerpo en la plaza del pueblo, bajo el ginkgo, y las mujeres prepararon un banquete de la nada, como era su talento, y todos bebieron lechoso vino de arroz hasta hartarse.

Pero más tarde aquella noche, sentado con las piernas cruzadas en el suelo de piedra caliente, su padre se puso serio. «Nunca mates a un tigre a menos que tengas que hacerlo», le dijo con severidad.

«Pero padre, ahora somos ricos. Podremos comprar todo el arroz que necesitamos», le dijo él. El cabo de vela titilaba modestamente, sin desafiar a la oscuridad que los protegía a todos como una gruesa colcha de invierno. Su madre y sus hermanas pequeñas estaban cosiendo o dormidas en la otra habitación, y solo se oía el murmullo de los búhos que habían salido de caza.

Su padre lo miró y le dijo: «Has disparado a liebres y a faisanes desde que eras niño».

«Sí, padre».

«Puedes abatir a un faisán al vuelo desde cien metros de distancia».

«Sí, padre», dijo con orgullo. No había ningún arquero mejor que él en toda la aldea, excepto su padre.

«Puedes disparar una flecha a un árbol desde ciento veinte metros de distancia, y acertar su centro con otra».

«Sí, padre».

«Entonces, ¿crees que podrías matar a un tigre?», le preguntó su padre. Pensó en decirle que sí, pues realmente creía que podía, pero la voz de su padre al hacerle la pregunta le dejó claro que la única respuesta adecuada era el silencio.

«Muéstrame tu arco», le dijo su padre. Él se levantó y fue a por su arco y lo dejó en el suelo entre ambos.

«No puedes matar a un tigre con este arco, por buen cazador que seas —le dijo su padre—. No es lo bastante poderoso a distancia, y un tigre no es un faisán. Este arco solo tendría fuerza suficiente para herir a un tigre si dispararas desde una distancia de veinte metros o menos. Para herirlo de muerte, quince metros o menos. ¿Sabes con qué rapidez puede salvar un tigre quince metros?».

El niño admitió su ignorancia con silencio.

«Un tigre mide tres metros desde el hocico a la punta de la cola, y podría saltar sobre el árbol del pueblo si quisiera. Para un tigre, saltar esta choza sería como para nosotros brincar sobre un charco. Si disparas demasiado pronto, solo lo herirás levemente y lo volverás más feroz. Si disparas demasiado tarde o fallas, el tigre caerá sobre ti antes de que termines de parpadear. Un tigre puede salvar quince metros en un segundo».

«Pero, padre... —le dijo—. Tú has matado a un tigre hoy».

«Te lo acabo de decir: mata a un tigre si no tienes otra opción. Y eso será solo cuando el tigre intente matarte a ti primero. De lo contrario, nunca vayas tras un tigre, ¿lo entiendes?».

\*\*\*

Los recuerdos del cazador se agolparon suavemente, como la nieve que caía a su alrededor. Se escondió tras una roca, de cara al saliente. La nieve, que se arremolinaba en sus ojos y en su nariz y formaba una costra sobre sus manos desnudas, abotargaba sus sentidos. Nevaba más de lo que había esperado; y desde aquella altura, con una vista clara de las nubes que se deslizaban desde el este, podía ver que no pararía. Se dio cuenta de que debería haber bajado la montaña en cuanto olió que se acercaba una nevada, cuando se detuvo sobre esa huella húmeda.

Odiaba ver a sus niños tan quietos y callados en el interior de la cabaña, desprovistos de fuerza incluso para hablar. Les había prometido que regresaría con algo que comer. Si hubiera atrapado un venado o un conejo, habría regresado a casa para ver sus pequeños y alegres rostros iluminarse con la fuerza de un farol. En lugar de eso, solo encontró la huella del leopardo y lo tentó la posibilidad de su piel, que valía más que la mitad de la cosecha de un año.

«¿Será este el día en el que moriré?», se preguntó. De repente se sentía muy cansado, tras perder la tensión que lo había mantenido en pie. Entonces se imaginó que la nieve era un humeante cuenco de arroz blanco, algo que había comido menos de cinco veces en toda su vida. No se enfadó; se rio, como si la carcajada fuera solo una corriente de aire atravesando su cuerpo delgado. Quería pensar un poco más en las cosas que le habría gustado comer antes de morir, como costillas estofadas con salsa de soja y cebolletas, y un caldo de rabo de toro tan intenso que el tuétano derretido se te pegue al interior de la boca. Había probado esas cosas una vez, en una celebración. Pero aquellas fantasías no eran tan fuertes o seductoras como otros recuerdos que lo abrumaban.

La primera vez que vio a Sooni, caminando del brazo de sus hermanas para recoger ajeno y helechos en el valle. Tenía trece años, y él, quince.

Sooni, con una chaqueta de seda verde, una falda de seda roja con flores bordadas y un tocado de piedras preciosas: el atuendo de las princesas reales de la corte que a la gente normal se le permitía vestir solo una vez en sus vidas, para la boda. El

matrimonio era tan sagrado a los ojos de los dioses y los hombres que, a la hija de un humilde campesino sin tierras, nacida y criada con cáñamo blanco sin teñir, se le permitía interpretar el papel de las mujeres más nobles solo por un día. Él mismo se puso el uniforme oficial de los ministros de la corte, una túnica azul con cinturón y un sombrero hecho de crin negra de caballo. Los aldeanos se burlaron ruidosamente de él: «¡Cómo mira a la novia! Esta noche no va a dormir nada». Sooni mantuvo sus preciosos ojos bajados incluso mientras caminaba. Dos matronas la flanqueaban, para que pudiera moverse lentamente bajo la pesada ropa. Se miraron el uno al otro en el altar, ofreciéndose por turnos el vaso de vino claro, bebieron y quedaron unidos para siempre.

Cuando la noche cayó y se quedaron solos en su habitación matrimonial, le quitó con cuidado las muchas capas del atuendo de princesa que habían usado todas las novias de la aldea durante generaciones. Sooni se mostró tímida, aunque solía ser muy alegre, y él estaba muy nervioso. Pero después de apagar la vela y acariciar sus suaves hombros y besar su piel de luz de luna, ella le rodeó la cintura con las piernas y levantó las caderas. Le sorprendió y agradeció que ella también lo deseara. La dicha de convertirse en uno con ella fue inimaginable. Era lo contrario a estar en las montañas, la felicidad más intensa que había conocido hasta entonces. Mientras que eso era un éxtasis de altura, frialdad y soledad, aquello era un éxtasis de profundidad, calidez y unión. La rodeó con el brazo y ella apoyó la cabeza en el hueco entre su hombro y su pecho. «¿Eres feliz?», le preguntó. «Ojalá pudiéramos estar así para siempre —susurró ella—. Pero soy tan feliz que no lamentaría nada si muriera ahora mismo. Creo que ni siquiera me enfadaría».

«Yo tampoco —le dijo él—. Me siento exactamente así».

El cazador se dejó caer en un suave y nebuloso montón de recuerdos. Fue muy dulce dejar de aferrarse al presente y morar entre las sombras del pasado. Deslizarse en la muerte, en realidad, no estaba tan mal: era parecido a atravesar una puerta hacia un mundo onírico. Cerró los ojos. Casi podía ver a Sooni

llamándolo con cariño: «Esposo mío, amor mío, estaba esperándote. Ven a casa».

«¿Por qué me dejaste? —le preguntó—. ¿Sabes lo duro que fue para mí?».

«Siempre estuve a tu lado —le dijo Sooní—. A tu lado y al de los niños».

«Quiero irme contigo», le pidió, y esperó a que ella se lo llevara.

«Todavía no, pero pronto», le aseguró.

Abrió los ojos con brusquedad al darse cuenta de que estaba oyendo un sonido, una suave exhalación que venía del borde del acantilado, donde una bruma helada se elevaba como el incienso. Por instinto preparó su arco, sabiendo que, aunque abatiera a su presa, seguramente no conseguiría bajar la montaña. Pero no quería terminar siendo el almuerzo de un leopardo.

Notó, en lugar de ver, que el animal trepaba al saliente; la bruma entretejió su silueta. Contuvo el aliento y bajó el arco cuando por fin se reveló, a apenas unos metros de distancia.

No era un leopardo, sino un tigre pequeño.

Desde el hocico hasta el final de la cola era tan largo como sus brazos extendidos; justo el tamaño de un leopardo adulto. Era muy grande para ser considerado un cachorro, aunque demasiado joven para cazar solo. El animal miró al cazador con ojos curiosos, moviendo sus orejas redondas acolchadas de pelo blanco. Sus tranquilos iris amarillos no parecían amenazados ni amenazadores. Seguramente no había visto a ningún otro humano antes, y parecía levemente desconcertado por la extraña aparición. El cazador agarró su arco con fuerza. Se dio cuenta de que aquella era la primera vez que tenía a un tigre a tiro.

Cazados por los japoneses en todas las montañas y valles, los tigres se adentraron en las montañas más agrestes. Por consiguiente, el precio de su piel, huesos e incluso carne subió, lo que nunca antes había sido la razón por la que los cazaban. Se había convertido en un manjar de moda en las mesas de los japoneses adinerados, que creían que comer su carne les

proporcionaba valor y celebraban banquetes donde militares engalanados con charreteras y medallas y damas de clase alta con vestidos europeos se sentaban para saborear los platillos preparados con partes de tigre.

Con aquella presa, podría comprar comida suficiente para tres años. Quizá incluso una parcela de tierra. Sus niños estarían a salvo.

Pero el viento aulló en su oído, y bajó su arco y su flecha. «Nunca mates a un tigre a menos que él intente matarte a ti primero».

Se puso en pie y el tigre retrocedió como un cachorrillo del pueblo. Antes incluso de que desapareciera en la niebla, el cazador se giró y comenzó su descenso a través de la densa nieve. En un par de horas, la nieve ya le llegaba hasta la mitad del muslo. El vacío en su estómago que había aligerado su paso lo acercaba ahora a la tierra con cada paso. Un crepúsculo gris, incoloro, envolvió los árboles trémulos. Comenzó a rezarle al dios de la montaña: «He dejado marchar a tu criatura; por favor, permíteme llegar abajo».

La ventisca cesó al caer la noche. Había hecho la mitad de la bajada cuando le fallaron las piernas y cayó de rodillas sobre la nieve. Continuó a cuatro patas, como un animal; cuando incluso sus codos flaquearon, se acurrucó sobre la nieve, que destellaba blanca bajo la luz de la luna. Entonces pensó: «Debería mirar el cielo», así que se tumbó sobre su espalda. La luna le sonreía con dulzura; era lo más cercano en la naturaleza a la piedad.

\*\*\*

—Hemos estado caminando en círculos —dijo el capitán Yamada. Los que lo rodeaban parecían asustados, no solo porque lo que estaba diciendo era cierto, sino porque se había atrevido a pronunciar aquella calamidad en presencia de su superior—. Los árboles crecen más densos en este lado, así que el sur debería estar por allí. Pero, como veis, ¡llevamos una hora avanzando en la dirección contraria! —exclamó, sin

apenas esconder su desdén. A sus veintiún años, ya tenía la actitud de alguien acostumbrado a opinar y dar órdenes sin que nadie lo desafíe, una costumbre instigada por su muy influyente familia. Los Yamada eran los últimos descendientes de un antiguo clan samurái, y su padre, el barón Yamada, era muy amigo del gobernador general Hasegawa. Los Hasegawa y los Yamada habían contratado a ingleses para educar a sus hijos, y Genzo viajó a Europa y a América con un primo de los Hasegawa antes de regresar para aceptar aquel puesto. Así era como se había convertido en capitán tan joven, y la razón por la que incluso su superior, el comandante Hayashi, tenía cuidado en no ofenderlo.

—No podemos seguir así, señor. —El capitán Yamada se dirigió por fin al comandante Hayashi, y todo el grupo se detuvo. Eran cuatro sargentos, el jefe Fukuda de la policía local y dos de sus hombres, y un guía coreano.

—Entonces, ¿qué crees que deberíamos hacer, capitán? —le preguntó el comandante Hayashi lenta y deliberadamente, como si estuvieran de nuevo en los barracones y no en las montañas nevadas bajo una noche cerrándose con rapidez sobre ellos.

—Cada vez está más oscuro, y no encontraremos el camino por la noche si lo hemos perdido durante el día. Deberíamos acampar. Si conseguimos no morirnos de frío, bajaremos la montaña mañana con la primera luz.

El grupo se quedó aún más silencioso, anticipando con nerviosismo la reacción del comandante Hayashi. La impertinencia del capitán Yamada nunca antes le había hecho perder los nervios, pero esta vez, en una situación tan funesta, el conflicto tenía un aire de motín. El comandante Hayashi contempló el rostro de su subordinado con fría indiferencia y la misma expresión que tenía cuando consideraba un nuevo par de botas o el mejor modo de desollar un conejo. A pesar de su brutalidad, pura y profunda, Hayashi no era un hombre proclive a los arrebatos poco calculados. Al final, se giró hacia un sargento y comenzó a darle órdenes para que instalara el campamento. El grupo, visiblemente aliviado, se dispersó para

reunir leña o lo que pudieran encontrar, ya que todo estaba nevado y húmedo.

—Tú no; tú te quedas aquí conmigo —dijo el comandante Hayashi cuando el guía coreano, una criatura tímida llamada Baek, intentó escabullirse—. ¿Crees que voy a dejar que te alejes de mi vista?

Baek se estrujó las manos y gimió, mirándose los pies envueltos en trapos en el interior de los mojados zapatos de cuero.

Poco después de que lo asignaran a la prefectura, el comandante Hayashi le preguntó al jefe de policía Fukuda dónde había buena caza por allí. Fukuda, que había realizado un detallado censo informativo de todos los coreanos a cien kilómetros a la redonda, le recomendó a tres lugareños para la tarea de guiar a su grupo de caza. Los otros dos eran recolectores de patatas a quienes incluso otros coreanos consideraban bastante salvajes: vivían de la tierra, reclusos en lo profundo de la montaña en pequeñas comunidades endogámicas y solo se unían al resto del mundo un puñado de veces al año, en los días de mercado. Ambos conocían cada palo y piedra de las montañas, pero Baek, un viajante que comerciaba con seda, era el único que hablaba japonés. Al comandante Hayashi le pareció que aquel era el requisito más importante, para pesar de todos, sobre todo del propio Baek.

\*\*\*

Aquella se convertiría en una de las imágenes que pasarían ante los ojos del capitán Yamada justo antes del final de su vida: el hombre con barba tumbado bajo la luz de la luna. Cuando apenas había dado veinte pasos hacia el bosque para reunir leña, estuvo a punto de tropezar con un cuerpo tumbado sobre la nieve. Después del sobresalto inicial, lo primero que llamó su atención fue que el hombre estaba tumbado serenamente sobre su espalda, con ambas manos sobre el corazón... Como si no hubiera muerto congelado, sino que se hubiera quedado dormido en un momento de embeleso. Lo segundo fue

lo mal abrigado que estaba aquel hombre bajito. La chaqueta acolchada que llevaba era tan fina que los ángulos afilados de sus escápulas se veían claramente a través de la tela.

El capitán Yamada rodeó el cuerpo. Después, por razones que más tarde sería incapaz de comprender, acercó la oreja al rostro azulado.

—¡Oye, oye! ¡Despierta! —gritó, al darse cuenta de que un rastro de aliento todavía fluía de las fosas nasales del hombre. Como no obtuvo respuesta, el capitán Yamada tomó su rostro entre sus manos y le dio una ligera bofetada. El hombre gimió casi inaudiblemente.

El capitán Yamada volvió a soltarle la cabeza sobre la nieve. No tenía ninguna razón para ayudar a aquel *josenjin* casi muerto, más alimaña que persona. Empezó a caminar de regreso al campamento, pero después de un par de pasos se giró sin comprender por qué. A veces, el corazón humano es como un bosque oscuro, e incluso alguien tan racional como Yamada albergaba misterios en su interior. Levantó al *josenjin* en sus brazos casi con tanta facilidad como si fuera un niño.

—¿Qué demonios es eso? —ladró el comandante Hayashi cuando regresó.

—Lo he encontrado en el bosque —dijo el capitán Yamada mientras dejaba al hombre en el suelo.

—¿Qué quieres hacer con un *josenjin* muerto? A menos que pretendas usarlo como combustible... y no ardería mucho. Debiste dejarlo donde lo encontraste.

—El hombre sigue vivo. Estaba cazando solo por aquí, lo que significa que conoce bien la montaña. Quizá podría encontrar el camino de regreso —le explicó el capitán Yamada con frialdad, sin inmutarse por la velada acusación de debilidad de carácter. Después de todo, que la compasión nunca había estado entre las motivaciones y emociones de Yamada era algo que ambos hombres sabían bien.

El resto del grupo regresó y el capitán Yamada le ordenó a Baek que trasladara al hombre inconsciente hasta el fuego y le hablara en coreano. Cuando comenzó a volver en sí, Baek exclamó, sonriendo como un lunático:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Está despertando!

El capitán Yamada hizo que Baek le diera algunas galletas y caqui desecado de sus propias provisiones.

—Asegúrate de clavar la galleta en la nieve para que se humedezca un poco. De lo contrario, podría atragantarse —le dijo el capitán Yamada, y Baek obedeció de inmediato; apoyó la cabeza del hombre en su regazo y murmuró algo en coreano.

—¿Se conocen? —preguntó el comandante Hayashi. Estaba cenando un onigiri congelado y tieso y algunas ciruelas encurtidas. Había incluso una botella de sake que los sargentos se estaban pasando, de repente alegres y animados.

—No lo creo. Baek no pareció reconocerlo —dijo el capitán Yamada—. El jefe Fukuda tampoco lo conoce, pero uno de sus hombres cree que podría ser un campesino arrendado, Nam, que formó parte del Ejército Imperial Coreano. Eso llamó su atención sobre el resto de campesinos pobres de la zona.

—Un hombre peligroso, entonces. Una víbora —apuntó el comandante Hayashi.

—Podría resultarnos útil. Creo que merecerá la pena mantenerlo vivo esta noche, si consigue sacarnos de esta maldita montaña al alba —contestó el capitán Yamada, tan tranquilo como siempre. Se comió algunas galletas y un caqui seco, y se preparó para hacer la primera guardia.

\*\*\*

El alba llegó sin amanecer; iluminado por una luz cenicienta, el bosque se materializó de nuevo a su alrededor. La ausencia de sol y sombras hacía que todo pareciera etéreo, como si los árboles, rocas y nieve estuvieran modelados con el suave aire plateado. Parecía un mundo en transición, un mundo entre otros mundos.

Al despertar en una mañana así, el capitán Yamada se preguntó si seguía soñando y deseó abrir los ojos y encontrarse en la calidez de su cama. En el instante siguiente se dio cuenta de dónde estaba en realidad y la decepción casi le revolvió el estómago. Pero, tanto por naturaleza como por educación,